

"ALÍ-BABÁ" ENCARCELADO

HISTORIA DE UN BORRICO

Ocurrió en México, y lo vi cuando viajé por esa gran república.

-Pero -dirán los lectores: "¿quién es Alí-Babá, y por qué lo encarcelaron? ¿Qué hizo?"

Ya verán; es una historia un poco larga, porque primero tenemos que hablar algo de México, siendo que muchos lectores no han estado allí. En México hay muchas montañas y por esto la gente usa burros para transportar muchas de sus cosas. Estos animales tienen un paso muy seguro andando por los desfiladeros y caminitos estrechos de las montañas. Además soportan mucha carga y largas caminatas. Hay burros en casi todos los países; así pues, no entraremos en más detalles con respecto a ellos, pero parecería, a veces, que en México se ha reunido la mayor concentración de ellos.

Se los ve por todos lados y llevando de todo sobre sus lomos. Los hay que transportan leña para el fuego de los campesinos. Otros llevan jarrones y cacharros que los alfareros hacen con barro cocido. A veces van cargados con verduras y frutas para vender en los mercados. A menudo van con tanta carga que tropiezan y caen.

No solamente en el campo y las montañas se encuentran muchos burritos, sino que también en las ciudades hay muchos, y es allí donde las dificultades comienzan, pues como los burros no saben leer, violan muchas reglas de tránsito y causan muchas molestias. Cuando vienen los campesinos a vender sus productos, sueltan sus burros mientras ellos atienden sus negocios, y los animales vagan sin rumbo por las calles buscando qué hacer. Generalmente lo que quieren es comer y de paso los dueños se ahorran unos centavos pues no compran avena o pasto para darles.

Es fácil ver, entonces, lo molesto que pueden ser estos jumentos, especialmente cuando deciden alimentarse en los parques, comiendo las flores y plantas de adorno. Fue así como el alcalde de un pueblo cercano al lago Chapala, cansado de estos destrozos ocasionados por la negligencia, promulgó un decreto que regulaba la circulación de los burros en la zona urbana. Se colocaron carteles y señales y avisos para indicar las penas que se impondrían a los infractores, y la policía quedó encargada de velar porque se respetaran los reglamentos. Alí-Babá era hijo de la burra de un campesino que llevaba carga al pueblo y, como era muy jovencito, iba suelto y liviano, brincando ágilmente junto a su mamá. El dueño de Alí-Babá no sabía leer, y cuando fue al pueblo no respetó los reglamentos ni cuidó tampoco que el burrito los respetara. De manera que, de pasada por el parque, Alí-Babá, atraído por el verdor, se quedó allí y el campesino siguió con la burra hasta el mercado. ¡Qué lindo césped! ¡Qué jugosas plantas! ¡Cómo tentaban esas hojas grandes y tiernas! Era como un sueño, y siendo que Alí-Babá tampoco sabía leer, pasó muy ufano frente a un cartel que decía "NO SE ADMITEN BURROS" y comenzó a pasearse por los caminos del parque, comiendo una hoja aquí, mordisqueando otra allá y oliendo el césped a derecha e izquierda. Por fin llegó a un cantero de flores y Alí-Babá comenzó a comer de ellas. ¡y qué ricas eran! Era un verdadero festín. Todo fue bien hasta que Alí-Babá notó la presencia de un hombre que lo miraba con demasiado interés. De pronto el hombre desapareció y el burrito continuó con su florida merienda. Pero el hombre volvió, y esta vez se le arrimó un poco más. Alí-Babá levantó la cabeza y comenzó a mover sus orejotas peludas para oír lo que aquél le decía. Notó que vestía uniforme y que tenía botones dorados que brillaban al sol, una gorra con visera y un cinturón ancho del cual pendían un revólver y un pequeño garrote, pero como las palabras que le hablaba eran cariñosas, pensó que sería uno de los tantos amigos que siempre lo acariciaban y le convidaban con terrones de azúcar, así que no se movió. Mientras tanto el hombre uniformado, que era un policía, se arrimaba cada vez más, y pronto llegó a su lado y le acarició el pescuezo como un viejo amigo.

Sin embargo, Alí-Babá muy pronto sintió que una soga le rodeaba el pescuezo y, cuando quiso quitar la cabeza, notó que se apretaba la soga. Asustado, salió corriendo, pero no había llegado muy lejos cuando sintió un tirón que casi lo volteó. Había llegado al final de la soga, y el policía sujetando firmemente el otro extremo le decía:

-¡Ah, pillo! ¡Ven acá! No escaparás, no.

Alí-Babá tironeó, y pataleó, y rebuznó asustado, pero no pudo escapar. El hombre del lindo uniforme se lo llevaba a la cárcel. Entonces decidió usar su espíritu de burro y, muy terco, se plantó sobre sus cuatro

patas, dispuesto a no ceder ni ante un huracán. Pero el policía llamó a un colega, y como Alí-Babá era muy pequeño lo arrastraron hasta la comisaría.

Entre latigazos, empellones y amenazas lo metieron en la cárcel para burros y allí lo dejaron hasta que vinieran a buscarlo.

¡Cuán triste estaba Alí-Babá detrás de las rejas! El, que estaba acostumbrado a corretear libremente por todos lados, no podía soportar el encierro. Por fin llegó el dueño, pero como era pobre no podía pagar la multa y sacarlo de allí. Alí-Babá tendría que quedar en la cárcel.

El dueño se fue muy triste y el pobre burrito quedó solo, llorando para llamar a su mamá. Fue entonces cuando lo vi, y me dio mucha lástima. Pero al ratito un señor muy bondadoso, creo que se llamaba Smisor, fue al jefe de policía y pagó la multa para que dejaran en libertad a Alí-Babá. Cuando salía de la cárcel, le tomé la foto que acompaña a esta historia, y si se la mira de cerca, se ve una lágrima en el ojo del burrito. Pero esa lágrima se secó muy pronto, pues Alí-Babá no tardó en alcanzar a su mamá y se fue con su dueño. Este burrito nos enseña que debemos siempre leer y respetar los carteles en los parques y paseos públicos, pues no queremos meternos en dificultades como le pasó al simpático protagonista de nuestra historia.

¿No es cierto?